

# MIRET MAGDALENA

## EL FIN Y LOS MEDIOS

En 1836 publicó el famoso historiador L. von Ranke la *Historia de los Papas en la Época Moderna*.

En ella afirma que una frase ambigua de San Ignacio de las *Constituciones* que dio a la Compañía de Jesús, pudo dar lugar a la discutida virtud de la obediencia ciega al superior. Y tal como algunos podían interpretar esa frase se podía pensar hoy —con su perspectiva histórica— que esto haya podido ayudar a difundir la máxima más general de que el fin justifica los medios.

Pero, en 1852, un jesuita, el Padre Roh, ofreció un premio de mil florines al que demostrase que la Compañía de Jesús había defendido esa máxima de que «el fin justifica los medios».

El resultado fue negativo: nadie pudo probar, a pesar del empeño de muchos, que esa norma fuera defendida oficialmente por los jesuitas en alguna manera. Y eso que, entre los buceadores de los libros escritos por estos religiosos, alguien encontró que el teólogo Padre Busenbaum, S. J., había defendido, en su obra de Moral que «cuando el fin está permitido, los medios también lo están».

La polvareda que esta frase armó, fácilmente fue acallada por el Padre Roh, demostrando éste que en el texto de su colega no se defendía la licitud de cualquier medio para conseguir un fin concreto, sino solamente que, cuando los medios que se emplean no son ni morales ni inmorales —porque son indiferentes—, quedan justificados moralmente por el fin bueno que uno se ha propuesto y el cual los hace aceptables.

A muchos, que no están acostumbrados a estas sutilezas abstractas, parece que estas distinciones, tan claras teóricamente, son, en la práctica, una escapatoria que ha facilitado toda suerte de actos dudosamente morales o, incluso, inmorales.

Es un hecho, ciertamente, que hubo jesuitas (y lo mismo podíamos decir de otros religiosos y clérigos) —como demostró Pascal en sus *Provinciales*, a pesar de las exageraciones que contiene esta obra— que, indudablemente, contribuyeron, con esas sutilezas éticas y sus sistemas casuísticos de moral, a empañar la dignidad humana en la actitud moral, porque suministraron hábiles subterfugios a nuestra malicia de hombre para andar por la vida sin poder afirmar, desde el punto de vista de la legalidad jurídica, que se había cometido una falta moral. La mejor demostración de lo que digo se obtiene con la simple lectura de nuestro clásico, el jesuita Baltasar Gracián. Su *Oráculo Manual* es modelo de este tipo de astutos consejos, dados bajo capa de profunda seriedad, pero que resultan inaceptables para todo el que de verdad quiera ser moral.

Hablar de los jesuitas y citar a un enemigo suyo declarado, como Ranke, no debe deformar nuestro criterio y hacerlos a ellos únicos —o principales— responsables de un problema más hondo. Es, simplemente, poner un ejemplo histórico —entre otros— de las costumbres moralmente dudosas de épocas anteriores, fomentadas, sin duda, de buena fe, por quienes vivían en su abstracto laboratorio teológico. Quisieron defender a ultranza un principio absoluto de carácter abstracto, y cuando se encontraron con la realidad, no supieron qué hacer, sino buscar subterfugios para hacer aceptable su aplicación.

Hoy, el panorama ha variado, y aquellos religiosos o clérigos de antes que representaban tal actitud han sido desplazados. Por eso habría que escoger hoy otros ejemplos —religiosos y no religiosos— que confirmarían que tal actitud todavía perdura, aunque vaya vestida de nuevas galas más modernas.

Sin embargo, centrarnos en esta menuda crítica desenfocaría la cuestión de fondo. Lo esencial es pensar que una moralidad de puros principios abstractos aboca, casi necesariamente, a esas salidas inesperadas, un poco o un mucho amorales o inmorales. Cuando se exige con absoluto rigor un principio abstracto y se le quiere aplicar ingenuamente a la realidad, resulta, en la práctica, inservible, y se buscan las vueltas para

justificarlo con sutiles razonamientos de aplicación, cumpliendo la letra de la ley, aunque se falsee el espíritu humano.

Esto es lo más trágico que le puede ocurrir a un hombre consciente: convertirse en hipócrita para alcanzar la necesaria máscara de moralismo que le cubra, externa y jurídicamente, sin que sus severos principios le hayan servido para orientar su conducta hacia una verdadera actitud humana que sea ética en lo concreto.

El hombre, jamás —y hoy menos que nunca— debe vivir como un ser meramente pasivo y fatalista, aunque esto le lleve a obtener la ventaja de un cierto desarrollo material. Es necesario que se plantee siempre su cooperación, o su disenso, ante las corrientes sociales del mundo actual. Y debe hacerlo sin estas sutilezas poco humanas, y poco eficaces, que le mantienen todavía alienado en una serie de contradicciones irresolubles que le hacen ir dando bandazos de un lado para otro, como juguete de diversos grupos de influencia o de poder en el mundo civilizado.

Los fines no son cosas abstractas situadas en la lejanía. Ni los medios, cosas independientes que nada tengan que ver con el fin. Lo decisivo es la realidad humana que vamos construyendo, día a día, con nuestras actitudes de hombres. Y esto empieza a producirse con la actitud concreta que en cada instante adoptamos ante cualquier situación social.

El que quiera evitar comprometerse, refugiándose en un idealismo de torre de marfil, no se percate de que con su evasiva actitud de carácter, radicalmente egoísta, está colaborando sin darse cuenta. Y el que, por el contrario, adopta una actitud oportunista creyendo conseguir, a la larga, algo bueno, está ya construyendo el fracaso futuro.

Los franceses, durante la última guerra mundial, se encontraron ante dos tentaciones que en el fondo eran iguales, a pesar de su opuesta oposición: Quienes, desde la resistencia, usaron para autodefenderse los mismos métodos inmorales de la Gestapo alemana, de delación, coacción, violencia o tortura, obtuvieron un resultado engañoso. Y aquellos que decidieron colaborar con los nazis para así conseguir, a la larga, su propia liberación, se equivocaron también.

Simone de Beauvoir, una pensadora atea, auténticamente consciente y realista, lo ve de esta misma forma. Los resistentes que utilizaron métodos inhumanos se olvidaron de que, en esos casos, «el hombre al que se hará triunfar... se le habrá salvado, mutilándolo» (S. de Beauvoir. *El existencialismo y la sabiduría popular*. Ed. Siglo Veinte). Y se le habrá salvado engañosamente, porque, a la larga, se le mutilará por haber practicado él la ausencia de respeto, la falta de confianza y la dureza inhumana, que le irá educando, sin darse cuenta, en un envilecimiento progresivo que le incapacitará para la buena construcción del futuro, a la hora de la liberación, en Francia. Sólo después de muchos vacilantes años Francia se recuperó algo; pero sólo parcialmente.

Por otro lado, «los hombres de Vichy que pretendían —durante la última guerra mundial— salvar a Francia colaborando con Alemania, no quisieron comprender que con la sumisión —al nazismo y sus métodos— mataban todo lo que daba sentido y valor a la realidad francesa», y, poco a poco, «lo que les quedaba entre las manos era nada», llegando así a la trágica paradoja de que, cuando se pensaba estar a punto de salvar al hombre, nos encontrábamos «no quedar ya nada en él que fuese digno de ser salvado» (S. de Beauvoir o.c.).

Ha llegado el hombre, como producto del abstracto moralismo de otras épocas, a una desorientación total en su actitud humana. La eficacia sólo se ve como oportunismo, o como oposición ingenua que nos va disgregando a nosotros mismos y la máxima moralidad se entiende muchas veces como la pasividad idealista, que salva nuestro propio egoísmo espiritual, pero sin hacer nada por los demás.

El hombre actual —ante esta situación ambigua y desalentadora— no debe volver a actitudes de receta ingenua, sino que tiene que esforzarse por ahondar en una actitud que podemos llamar, de verdad, eficaz y, al mismo tiempo, moral; sin oportunismos ni idealismos, como intentaré orientar en mi próximo comentario.